

# KIKO VENENO

*rumba  
la crisis*



**Dice Kiko Veneno que las máquinas están matando un poco la música, que se está perdiendo la artesanía y que el uso comercial de las canciones resta valor a este arte que es una forma de vida.** “Muchas canciones se hacen hoy pensando en un soporte publicitario, para rellenar silencios... sin investigar en los sonidos. La tecnología se utiliza para conseguir que la gente baile, y eso no es música, porque los buenos músicos no saben bailar”.

**Sin embargo, no le importa que la gente se descargue sus canciones, las escuche, las difunda...** Aunque insiste en que la calidad hay que buscarla en otro sitio. Por ejemplo, en el directo. Con mucho cansancio, bastante timidez y algunas prisas nos recibió en Civican, donde actuó este verano acompañado por La Banda de Retumbe, integrada por Raúl Rodríguez –hijo de la cantante Martirio–, Jimmy González y Juan Ramón Caramares.

**Un buen momento para reflexionar.** Este hombre con cara de pájaro listo, que ha volado por medio mundo y bebido de las mejores fuentes de inspiración –Bob Dylan, Leonard Cohen, The Eagles, Frank Zappa, Ali Farka Touré, Walt Whitman, Valle Inclán, José Agustín Goytisolo, Paco Ibáñez, el flamenco y el blues, entre muchas otras–, cree que estamos en un gran momento para reflexionar y mover conciencias, y la música tiene mucho que decir.

## LA MÚSICA POR LAS VENAS

Kiko Veneno se llama, en realidad, José María López Sanfeliu. Hijo de un militar y una payesa, nació en Figueras (1952), pero creció en Cádiz. Estudió Historia en la Universidad de Sevilla, aunque siempre supo que sería músico. Fue hippie convencido, funcionario, actor y viajero. Tiene tres hijos, y ha vivido en Suecia, en Finlandia y en California. Descubrió el flamenco en Estados Unidos, de la mano del primer gitano que entró en su vida, Agustín Ríos. Luego vinieron otros: Raimundo y Rafael Amador, Camarón... Su primer éxito musical, *Veneno*, sigue siendo un disco de culto y definió al artista que conocemos hoy: romántico, comprometido y algo majareta, que nos cuenta la vida en verso.

**Ha hecho de todo para ganarse la vida y asegura que se ha encontrado cómodo en cualquier trabajo:** encuestador, actor, profesor de guardería, operario en una fábrica de ladrillos, propietario de un chiringuito playero... Pero siempre tuvo fe en la música y supo que acabaría dedicándose por entero a ella.

**Cuando le mostramos su discografía completa extendida sobre la mesa y le pedimos que escoja su álbum preferido** se queda con *Échate un cantecito*, el disco que marca una inflexión en su vida y en su carrera. “Mi nuevo disco tiene mucho que ver con ese trabajo”, añade.

**A punto de empezar el ensayo, le pedimos que nos recomiende algún músico** y cita al cantautor inglés Nick Drake, “un personaje legendario al que he vuelto a escuchar y me ha gustado”. Accede a que le telefoneemos para terminar la entrevista durante el viaje de vuelta. Lo hace con educación, pero sin ganas. Así que mejor lo dejamos ahí. Se despide sin temer la epidemia de gripe, porque da besos sin atender a las recomendaciones de la ministra de Sanidad.

**Ya en el escenario, con una camisa planchada a conciencia y su cabeza de plata, Kiko muestra su lado más elegante y sereno.** Su voz canta igual que habla, con un marcado acento andaluz, rápida y del Betis. El público, de lo más heterogéneo, se rinde a su poesía. ‘La rumba de la crisis’ desata una suerte de catarsis: “Yo vivo para la crisis, ésa es la vida que llevo yo. Y al filo del precipicio los dientes siguen creciendo... Lo miro todo a ras del suelo desde mi aldea global... Ahora es cuando hay que convidar”. ✘

